

PRÓLOGO

Este libro, dedicado a la revolución práctica de Juan Calvino [1509-1564], tiene dos núcleos temáticos. En el primero abordaremos las cuestiones teológicas que llevan a la revolución calvinista. En el segundo explicaremos su práctica. Cada uno de estos núcleos tiene cinco capítulos. En el que da inicio a la primera parte mostraremos la doctrina del gran reformador de Estrasburgo, Martín Bucero [1491-1551], un autor casi desconocido en España, pero indispensable para entender la sistematización de la Reforma magisterial y para valorar la suma teórica calvinista tal y como se llevará a cabo en *La institución cristiana*. Precisamente sobre esta obra tratarán los siguientes cuatro capítulos. La segunda parte se dedicará a los principales efectos históricos y doctrinales de la gran obra de Calvino y tendrá un primer capítulo dedicado a las confesiones y catecismos, los libros más relevantes para extender la revolución calvinista entre las gentes. De los cuatro siguientes, dos se dedicarán a la revolución calvinista en Francia, y otros dos a la misma revolución en Inglaterra. Una conclusión pondrá fin al volumen y a la serie que con él concluye.

Comenzamos este libro por Bucero porque su obra, *De Regno Christi*, resultará decisiva para entender la matriz de la consolidación de la Reforma inglesa bajo el corto reinado de Eduardo VI [1537-1553]. Por eso le dedicamos el primer momento de este primer núcleo. Dada la cercanía doctrinal de Bucero y Calvino, los reformados ingleses –y algunos escoceses– que tuvieron que marchar al exilio durante el gobierno de María Tudor [1516-1558] mostrarán una poderosa inclinación a conectar con la Ginebra de Calvino y Teodoro de Beza [1519-1605]. Otros preferirán mantenerse en la ciudad de Fráncfort, lo que introducirá una diferencia importante entre los reformados ingleses. Ese hecho será decisivo para el movimiento reformado de las Islas Británicas, asunto que concierne de forma central, aunque parcial, al segundo núcleo temático. Luego le seguirá un estudio sistemático de la gran obra de Calvino, *De la institución cristiana*, a la que dedicaremos cuatro capítulos. Como he dicho, estos cinco capítulos constituyen la primera parte de este volumen.

La segunda parte explicará el arma con la que el calvinismo extendió su influencia revolucionaria por la Europa de la segunda mitad del siglo XVI

y la primera del siglo XVII. Me refiero a las confesiones y los catecismos, que ofrecieron una mirada sencilla, pedagógica y popular a una religión sostenida sobre claros elementos humanísticos y retóricos. Ahí veremos la potencia de su gobierno pastoral. En esta segunda parte se tendrá en cuenta la evolución religiosa francesa, holandesa e inglesa, principalmente, pero dentro de la evolución general de Europa. Aspirará a apreciar las consecuencias históricas de la revolución práctica que puso en marcha Calvino y que, tras una larga serie de conflictos y reacciones, condujo a esa relativa estabilización que dio lugar al despliegue ordenado de la constelación moderna tras 1648, ya dotada de su base principal, el tipo humano moderno que habría de ser el impulsor de la época que llevaría a la Ilustración. Aunque nosotros no podemos describir la historia de todos esos conflictos, que llevaron a la Guerra de los Treinta Años y a la paz de Westfalia, aspiramos a mostrar su lógica inicial y a defender que esa lógica estuvo fuertemente condicionada por la revolución práctica de Calvino, la perspectiva que unifica nuestra aproximación. Hace mucho tiempo que las ciencias humanas y sociales olvidaron la pretensión de la causalidad y sobre todo de la causalidad única. Nuestro propósito no se separa, como ya vimos en el primer volumen, de la aspiración de identificar el tipo humano que inspiró la revolución práctica calvinista. Eso tipo humano no es la causa de la Modernidad, pero sí fue el elemento subjetivo que, en medio de situaciones conflictivas complejas, las hizo avanzar de forma decisiva hacia la cristalización de la constelación moderna. Por tanto, queremos medir las tensiones que el calvinismo generó, los conflictos que medió y los resultados de las luchas que produjo, hasta que se logró la estabilización epocal de Westfalia.

Entre la exposición de la obra de Bucero y el estudio de las luchas y las consecuencias históricas del calvinismo, el objetivo central de este libro lo constituye el análisis de la comprensión calvinista de la fe, la institución eclesiástica, la censura, la institución moral y los aspectos éticos y políticos de la *Institución Cristiana*, con su teoría de una política cristiana y la división de poderes que incluye. Ese objetivo nos llevará a un análisis bastante pormenorizado de esa gran obra, lo que haremos a lo largo de cuatro capítulos. En el primero de ellos hablaremos de la disciplina y el gobierno pastoral que Calvino definió a través del Consistorio, la institución que logró imponer en Ginebra tras importantes luchas políticas, que nos servirá para analizar al final del volumen la diferencia fundamental entre el Consistorio y el instituto católico de la Inquisición. En los capítulos siguientes de la primera parte expondremos la teología de Calvino, las premisas antropológicas de

la misma y el sentido existencial de lo que podemos llamar su formidable revitalización de la fe cristiana. En el cuarto capítulo expondremos la teoría calvinista de la división de poderes en la lucha contra Roma, y en el quinto el sentido de una política cristiana, su teoría de la ley y del pueblo cristiano. Siguiendo con la tesis que defendí en *Teología política imperial*, concedo una vital importancia al régimen de división de poderes que genera toda irrupción poderosa del cristianismo y sin ella no se puede comprender las diferencias de lo que se ha llamado la confesionalización moderna, cuyo sentido profundo es cierta comprensión del poder pastoral.

La segunda parte, dedicada a las consecuencias de la revolución práctica de Calvino, presenta una naturaleza dual. En esa dualidad se cumple y se repite el destino de la propia ciudad de Ginebra, la matriz indiscutible de esta revolución internacional. En efecto, esta ciudad conoció su reforma y su separación de la Iglesia de Roma a la vez que logró vencer los asaltos del duque de Saboya, siempre apoyado por el emperador Carlos, que buscaba hacerse con la ciudad y mantener bajo las manos de su familia el control de su obispo-príncipe. Separarse del gobierno episcopal y del control aristocrático católico implicaba organizarse como Iglesia reformada y ciudad independiente. Desde Ginebra, pero también desde Berna o Zúrich, la dimensión eclesiástica y política de la reforma suiza resultaron inseparables. Cuando el calvinismo se extendió por Europa, mantuvo estas dos dimensiones religiosa y política unidas porque no había manera de oponerse a la forma católica de la época sin luchar contra las estructuras de poder concentradas, imperiales, regias o aristocráticas, laicas o eclesiásticas, que sostenidas por los altos cargos directivos de la vieja fe, formaban un cosmos coherente y cooperativo. Para hacerle frente a este cosmos fue necesario un nuevo régimen de división de poderes que tuvo una poderosa influencia sobre el destino de la libertad europea. Por eso, esta segunda parte es de naturaleza religiosa y política, aunque acabará siendo más bien cultural y antropológica, pues al final el calvinismo levantará un tipo humano capaz de hacerse independiente de las luchas que el mismo calvinismo generó. Para lograr este resultado, analizaremos la popularización de esta formación de la subjetividad a través de los grandes catecismos reformados que definieron la disciplina calvinista, construida de forma rigurosa sobre la reinterpretación del mito cristiano, con lo que expondremos la solidez de su poder pastoral. Una breve comparación con el concilio de Trento, que culminaba por este mismo tiempo, nos permitirá mostrar las características específicas de la confesionalización reformada respecto a la católica.

Con esos catecismos se hizo fuerte el poder pastoral calvinista, que extendió el que posiblemente fuera el movimiento religioso más enérgico desde la irrupción del cristianismo antiguo, como se verificó en la multitud de ejecuciones que llevaron a cabo los poderes asentados en la creencia tradicional de cuño romano. Ese será el objetivo del capítulo sexto y nos permitirá entender algunas características del tipo humano calvinista, que pronto definiría una personalidad básica capaz de aplicarse a diversos frentes con una decidida autoafirmación. Los grandes catecismos calvinistas nos mostrarán los diversos lugares donde ese poder pastoral asentó este tipo humano que el poder pastoral configuraba. En el otro frente, el de la evolución religioso-política, analizaremos el camino histórico de Francia en los capítulos séptimo y octavo. Ahí mostraremos la condición humanista de los líderes intelectuales iniciales de Francia, su fracaso a la hora de contener la influencia del partido católico y de evitar la guerra civil, y la irrupción de un clase intelectual que fue capaz de dotar al movimiento hugonote de una base teórica sin precedentes, lo que le dio una consistencia doctrinal de amplio alcance que condujo al triunfo provisional de Enrique IV [1553-1610]. Sin embargo, veremos cómo, frente a la evolución inglesa, que estudiaremos en el noveno y décimo capítulos, Francia no fue capaz de eliminar la potencia del poder concentrado de la monarquía, asentada en una teoría de la soberanía que llegó con Juan Bodino [1530-1596] a su máxima expresión. Así fracasó la aspiración calvinista de fundar un parlamentarismo en Francia, algo que finalmente triunfó en Inglaterra. Unos a su manera y otros a la propia, y con distintos tiempos, sin embargo, los calvinistas franceses e ingleses, sin olvidar a los holandeses, prusianos, suecos y alemanes, ofrecieron la base de una estabilización europea que permitió, en un caso, desplegar la potencia que el puritanismo había asentado en la mentalidad británica y, en otro, generar una nueva elite de juristas, *politiques*, burócratas y humanistas que está en el origen del espíritu laico europeo. El diálogo entre estas elites inglesas y continentales daría lo mejor de la Modernidad que tras 1648 expandía por todos sitios en una firme conversación esa república de las letras que llega a la época de la Ilustración de Voltaire y Diderot.

Ganar la batalla en los dos frentes religioso y político fue decisivo, pero no se puede desconocer que los vencedores en Gran Bretaña y en Francia fueron diferentes y su victoria tuvo temporalidades muy distintas. Los hugonotes vencieron antes que los puritanos, pero estos consolidaron su victoria de forma más duradera. Esa diferencia iba a condicionar el curso de esta época que va desde 1648 a 1789, en la que el flujo de las ideas iba a

caminar de forma inequívoca desde las Islas Británicas y las colonias americanas al Continente, y en la que finalmente la revolución en París no cesaría de invocar el modelo del antecedente inglés de Carlos I [1600-1649]. En estas luchas, la alta cultura letrada y la dimensión popular de la religión se dieron la mano de forma excepcionalmente fuerte y ahí, en esa conexión, obtuvo su base más firme la eficacia revolucionaria de la obra de Calvino, capaz de una obra monumental como *La Institución*, de altísimo valor humanista, y del *Catecismo* de 1541, de intensa influencia popular. Esta doble condición humanista y popular condujo a una teoría teológica que, mediante el sistema de poder pastoral, fue capaz de movilizar a los creyentes de forma poderosa y firme. Como consecuencia de esa síntesis, importantes fenómenos de la constelación moderna plenamente madura apuntaron en el horizonte.

Con ello acabaremos la sistematización de la Reforma en su tensión con las políticas imperiales de las grandes monarquías y estaremos en condiciones de definir en nuestra segunda parte la lógica más profunda de la constelación histórica, marcada por un tipo humano perfectamente reconocible y una energía imponente que movilizó la historia de un modo desconocido. Este tipo fue condicionado por una intensa sistematización teológica, que a través de su simplicidad y popularización produjo poderosas fuerzas operativas en el mundo social. Su figura principal fue el tipo puritano, forjado en las comunidades suizas, holandesas, francesas y británicas, trasladado a las colonias de Nueva Ámsterdam o de Nueva Inglaterra, pero que en otros sitios tuvo otros rasgos menos conocidos, como el burócrata prusiano o el sueco. Los efectos de este tipo humano, aplicados al inicio a definir el rigor de la confesión religiosa, se proyectaron a la política, la ciencia, la filosofía, la economía y la literatura. Ofrecieron así la dirección a muchas fuerzas expresivas que, con la estabilidad moderna, pudieron desplegarse ya con un sentido de confianza que inauguró el tiempo del progreso a partir de 1648. Ese tiempo conoció la eclosión de las energías más creativas de la historia europea, que de esta forma, y tras muchos ensayos y polémicas, se encaminaba hacia la ordenación normativa más perfecta y reflexiva en la obra de aquella Ilustración que, invocando a Francis Bacon y a John Locke, culminaría en Immanuel Kant. Con ello, como una vez dijo Max Weber, el final de la época de la Reforma dio paso a la Modernidad cuya manifestación dorada fue la delicada rosa de la Ilustración. En cierto modo, y siguiendo sus intuiciones, podemos definir la Ilustración como la culminación de la época de la Reforma, ya desprovista Europa de los motivos religiosos como los primarios de la acción. Su estructura de universa-

lización tiene como supuesto tomarse en serio la divisa de la Reforma de lograr el número de los elegidos ampliando sin cesar el número de los llamados, aunque ya no fuera a la salvación eterna sino a la dignidad humana. En realidad su sueño universalista fue que todos los llamados pudieran ser elegidos. Eso se podría lograr con la educación adecuada, cuya virtualidad transformadora se había mostrado por primera vez con los rotundos éxitos de la disciplina calvinista. Weber despertó de este sueño universalista, que ya era una pesadilla en la sociedad de masas, y reivindicó la diferencia personal originaria, reintroduciendo un sentido fuerte de vocación. Con ello redescubría las energías prácticas de la revolución calvinista en un contexto inercial sofocante del que no hemos logrado salir.

Con la Ilustración anterior a 1789 culminaría el tiempo de estabilidad de la constelación moderna plenamente forjado en 1648, tiempo que condujo la constelación moderna en su camino hacia una autoconciencia teórica normativa plena. Esta autoconciencia no fue sino una práctica reflexiva sobre la experiencia de Europa, el sedimento de sus luchas concretas, y como tal tenía una validez dependiente de la experiencia dada. Tras 1789 la historia siguió su camino poniendo a prueba esa normatividad y contrastándola con los caminos imprevisibles del devenir histórico. Respecto de las nuevas experiencias primarias, dominadas por la presión del Estado-nación y su imponente pragma de poder, la normatividad ilustrada iba a ser más bien secundaria, y poco a poco dejó de ofrecer la fe suficiente como para regir los procesos históricos sobrevenidos. Ni Kant ni los ilustrados fueron capaces de identificar las consecuencias de una Revolución francesa que, aunque quería imitar el caso inglés, generó una novedad completamente desconocida a la de la división de poderes de inspiración calvinista, parlamentaria y federal. La nueva irrupción revolucionaria de 1789 privaría a esa construcción normativa de vigencia, por mucho que el optimismo de Kant deseara mantener abierta la posibilidad de un ajuste paulatino. Sin embargo, la derrota del calvinismo ante los teóricos franceses de la soberanía, desde Enrique IV, siguió haciendo su camino histórico bajo la forma centralizada del Estado-nación revolucionario, siempre pendiente de renovar sus aspiraciones imperiales. Los tiempos posteriores a 1789 darían paso a lo que sería esa segunda fase de la Modernidad que desde Koselleck es conocida como la *Sattelzeit*, en la que los Estados asumirían los poderes gubernamentales y pastorales que antaño tuvieron las iglesias y disciplinarían a las masas nacionales de forma intensa y autoritaria en una febril competencia que culminaría en la construcción de poderes mundiales en lucha global. Esa fue la consecuencia del desarrollo imperial de las

naciones Estado formadas a lo largo de la Modernidad en su fase *Sattelzeit*. Ese desarrollo imperial tuvo en la Francia de Napoleón su primera manifestación y su derrota llevó a la forma imperial británica, verdaderamente fundamental para el mundo contemporáneo. Ofreceré más detalles de esta conceptualización de la Modernidad en un estudio posterior.

En efecto, con este tercer volumen doy fin al libro *Imperio, Reforma y Modernidad*, cuyas dos entregas anteriores fueron dedicadas, una, a la revolución teórica de Lutero, con el cambio de perspectiva intelectual que desencadenó el proceso reformado, y la otra a la evolución de la idea imperial de Carlos V, el proyecto de poder europeo que se cruzó con la Reforma generando las tensiones que están en el origen del despliegue de la constelación de la Modernidad. Imperio y Reforma fueron las fuerzas que llevaron a la estabilización de 1648 en Europa –y un poco después en Gran Bretaña. El despliegue inicial de Carlos V, cuando se cruzó primero con el luteranismo y luego con el calvinismo, aceleró una conflictividad que solo se contuvo en 1648, como he dicho, pero cuyos fundamentos teóricos, sistematizados en la segunda mitad del siglo XVI, dotaron a Europa de esa base sólida que le permitió asentar la dinámica de progreso. La consecuencia implicó dejar a la monarquía hispánica de los Austria ante el pronóstico certero de su derrota y su posterior desaparición.

Este tercer volumen aspira a mostrar que, sin la revolución práctica de Calvino, esa derrota no habría ocurrido; que sin el calvinismo la edad de la Reforma habría acabado antes, con el acuerdo de Augsburgo de 1555, y que sin su empuje la Modernidad no habría mantenida abierta su inestabilidad y su búsqueda de orden. Solo él prestó a la época el dinamismo suficiente para iniciar el sólido despliegue del tiempo histórico específicamente moderno, ya posterior a 1648. No lo habría hecho en otra circunstancia porque fue el calvinismo, con su sistematización y su poder pastoral, el que generó el tipo humano y el programa que iba a resultar operativo e intelectualmente hegemónico a lo largo del tiempo moderno. Sin calvinismo, el compromiso alcanzado en Augsburgo en 1555 habría logrado una estabilización de las dos iglesias que constituían el Sacro Imperio Germánico y Europa no habría conocido la época de agitaciones que llevaría a la segunda fase de las guerras de religión en Francia, en el Imperio, en los Países Bajos, en Escocia, en Inglaterra, y que conduciría a la Guerra de los Treinta Años que finalizó con la paz de Westfalia. Fue el dinamismo calvinista el que canalizó las resistencias a las formas imperiales y concentradas de poder y trascendió con su movimiento el orden de las posiciones luteranas, anglicanas y católicas, que se presentaban casi agotadas y cega-